

Simbolismo e identidad del cerro de la Estrella

Teresa Eleazar Serrano Espinosa* y Jorge Arturo Talavera González**

Sin duda, el cerro de la Estrella fue y sigue siendo un lugar donde convergen el simbolismo y la identidad. Su importancia radica en su ubicación, en el manejo del paisaje con elementos cósmicos, donde la tierra, el agua, el fuego, el cielo, sus cuevas y oquedades han tenido un papel esencial para la construcción de diversos mitos, así como para la realización de ritos masivos como la ceremonia del Fuego Nuevo, la celebración de Semana Santa o el equinoccio de primavera, que lo han dotado de una singular importancia.

Un aspecto importante del cerro es que en este lugar se conmemoraba el Fuego Nuevo, evento cíclico de gran relevancia para las sociedades del Posclásico mesoamericano. Las evidencias arqueológicas indican que este sitio tuvo una continuidad cultural desde el Preclásico medio hasta el Posclásico, proceso que se constata en diferentes puntos del cerro donde se observan espacios ceremoniales y habitacionales. Fue justo durante el Posclásico temprano cuando los colhuas se asentaron en la parte poniente del cerro de La Estrella, los cuales realizaron en 1351 la primera ceremonia del Fuego Nuevo, celebración que se llevaba a cabo cada 52 años; la última se llevó a cabo en 1507, antes de la llegada de los españoles.

Durante el periodo colonial continuó su importancia mediante el culto al Señor de la Cuevita, que según la tradición popular salvó a los habitantes de Iztapalapa de morir por causas del cólera *morbus*. Con el transcurso del tiempo, desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días, al pie del monte se organiza la representación de la Pasión de Jesucristo. Y desde las últimas décadas del siglo XX hasta la fecha, en la cima del cerro se practican los ceremoniales del equinoccio de primavera.

Todos estos eventos sagrados cumplieron y cumplen un papel religioso que sin duda ha devenido un factor importante en la vida cotidiana de sus moradores.

Antecedentes geográficos

El cerro de la Estrella o Huizachtepetl es un volcán extinguido que surgió a partir de un levantamiento provocado por la actividad de gases subterráneos que no tuvieron la

* Dirección de Etnohistoria, INAH (merak.kraken.058@hotmail.com).

** Dirección de Antropología Física, INAH (bioarqueologia@hotmail.com).

fuerza suficiente para producir una erupción y dieron lugar a una serie de oquedades y cavernas creadas a partir de formaciones lávicas (SARH, 1983). Sus declives suaves y largos en todas direcciones dan a la elevación una forma cónica. Posee dos cráteres no definidos y data del periodo Cuaternario, con una antigüedad que oscila entre 65 000 y 45 000 años (Camacho, Navarro y Castrejón, 1997). En el siglo XIX aún existían diversos manantiales de aguas termales con temperaturas de 22 °C, reminiscencia de una antigua actividad volcánica. Forma parte de la cadena de los volcanes Chimalhuacán-Santa Catarina-Estrella. Antes de la desecación del sistema lacustre del valle de México, el cerro de La Estrella formaba el extremo poniente de la península de Iztapalapa, la cual separaba el lago de Texcoco de las aguas de Xochimilco y Chalco.

Por decreto de Lázaro Cárdenas, el 14 de agosto de 1938 el cerro fue declarado Parque Nacional Cerro de la Estrella, en la alcaldía Iztapalapa del Distrito Federal, con una superficie de 1 100 ha. Sin embargo, en la actualidad el área natural protegida sólo cuenta con 143 ha. Su altitud es de 2 455 msnm, y su altura sobre el nivel medio de la Ciudad de México es de 225 m (Vargas, 1984).

En origen, sus laderas estaban pobladas por una vegetación de huizaches que dieron origen a su nombre en náhuatl. Según una tradición oral, el cerro de la Estrella debe su nombre en castellano a la configuración de sus arroyos, que descendían desde la cumbre en todas direcciones de la estructura cónica. Para otros estudiosos, el nombre se originó a partir de la hacienda de la Estrella, la cual se encontraba en sus faldas y cuyo nombre surgió del apellido de sus antiguos propietarios durante la época virreinal.

Cosmovisión prehispánica

De acuerdo con Johanna Broda (1991: 462; 2002: 16), la cosmovisión se puede definir como “la visión estructurada en la cual los miembros de una comunidad combinan de manera coherente sus nociones sobre el medio ambiente en que viven, y sobre el cosmos en que sitúa la vida del hombre”. Asimismo, la cosmovisión incluye las nociones acerca de las fuerzas anímicas del hombre y el cuerpo humano como imagen del cosmos (López Austin, 1980, 2001).

Dentro de la cosmovisión mexicana las montañas se concebían “como si fuesen grandes vasos de agua, o como casas llenas de agua” (Sahagún, 1956: 344-345). Según los mexicas, los cerros contenían las aguas subterráneas que llenaban el espacio debajo de la Tierra. Este lugar era el Tlalocan —paraíso del dios de la lluvia—, y de allí salían las fuentes para formar los ríos, los lagos y el mar. En diferentes puntos del cerro se observan petrograbados dedicados a deidades acuáticas de filiación teotihuacana, como Tláloc y los tloque. Los mismos conceptos han perdurado en la cosmovisión indígena hasta la actualidad, según lo demuestran testimonios etnográficos recientes (al respecto, confróntese la vasta obra de la doctora Johanna Broda).

En relación con las cuevas que abundan en el cerro de la Estrella, también se manejó el simbolismo en que se concebían como la entrada al reino subterráneo sumergido en el agua. Al mis-

mo tiempo se les consideraba lugares de origen o entradas a las entrañas de la Tierra; en otros casos eran imaginadas como el inframundo. De acuerdo con Heyden (1991), la cueva era el arquetipo de la oquedad creadora, a modo de la matriz de la naturaleza humana y divina, personificada en Chicomoztoc. En cierta manera las cuevas y los cerros formaban sólo los dos lados de la misma moneda (Broda, 1991: 53). Del mismo modo se vinculaban con los ancestros, el origen y la legitimación de los grupos étnicos (López Austin, 1980).

En la cima del cerro de la Estrella se observa un templo de tres estructuras construido por los mexicas cuando sometieron a la población, entre 1300 y 1521 d.C., y establecieron el altépetl de Iztapalapa. Esta edificación comprende etapas anteriores que lo remontan al Preclásico (Ramírez, 1984). Los colhuas fueron los primeros en utilizar la cima para realizar la festividad del Fuego Nuevo o *Toxihmolpilli*. En total se celebraron cuatro ceremonias, en 1351, 1403, 1455 y 1507, pues, con el arribo de los españoles a la gran Tenochtitlan, la quinta ceremonia ya no se llevó a cabo (Hernández, 1977).

Los mexicas heredaron de los toltecas la tradición de venerar al Sol, el cual regía en todos los seres y para honrarlo era necesario ofrecerle corazones y sangre de guerreros sacrificados. Por lo tanto, cada 52 años, con el inicio de los calendarios religioso y civil, los sacerdotes efectuaban invocaciones a los dioses para que les concedieran la prolongación de la vida por otros 52 años, a fin de evitar la muerte del Sol y, por ende, impedir la oscuridad total del universo y la aparición de los *tsitsimeme* o devoradores de hombres (Broda, 2002).

La relación del paisaje, la red de cuevas y manantiales, así como el templo en la cima del cerro donde se realizaba esta ceremonia, integra el enlace de estructuras sacralizadas en una superposición que permite generar un *axis mundi* de fuerzas místicas producto de la adhesión de las regiones cósmicas. En este sentido las cuevas simbolizan el inframundo, el cerro representa a la Tierra y sus mantenimientos, mientras que el templo en la cúspide corresponde al plano celeste (Montero, 2002), en un entorno donde se domina el paisaje ritual del valle de México.

De este modo el cerro de la Estrella o Huizachtepetl fue y es considerado uno de los cerros rituales más significativos del México antiguo gracias a su función simbólica y ritual en la cosmovisión mexicana. Cabe señalar que en sus cuevas aún se escenifican diversos rituales y que éstas fueron receptoras de numerosas deidades (*idem*). Es el caso, a decir de Artemio Arroyo (1991: 49), de la cueva donde se adoraba a Tezcatlipoca y que más tarde se suplió con la imagen del Señor de la Cueva.

El Señor de la Cueva

Si bien durante la Colonia los franciscanos iniciaron la evangelización centrados en la idea de un solo Dios como principio y fin de las cosas, asimismo promulgaban la salvación del pecado y del mal mediante obras buenas e indulgencias.

Para esto fue común la construcción de templos católicos sobre las edificaciones prehispánicas. Iztapalapa no fue la excepción, pues la leyenda dice que, colindante a la cueva donde se adoraba a



Urna con el Señor de la Cueva. **Fotografía** © Teresa Serrano y Jorge Arturo Talavera, 2015.

Tezcatlipoca, se ubicó el santuario del Señor de la Cueva, conocido también como el santuario del Calvario o del Señor del Santo Sepulcro, que junto con san Lucas Evangelista son los santos patrones del pueblo de Iztapalapa. Así se inició la veneración de esa imagen.

La leyenda cuenta que a principios del siglo XVIII, en una cueva ubicada en la parte baja del cerro, los habitantes de Etlá, Oaxaca, traían a la Ciudad de México la imagen de un Santo Entierro para su restauración, y cuando iban por el Camino Real de Iztapalapa decidieron pernoctar en ese lugar. Cuando despertaron al día siguiente, no encontraron la imagen. Tras buscarla, al fin la localizaron en una cueva, pero cuando quisieron levantarla para proseguir su camino la imagen era tan pesada que no consiguieron moverla, por lo que interpretaron el hecho como una señal de que el ícono deseaba permanecer en ese lugar; de ahí adoptó el nombre del Señor de la Cueva. Este hecho motivó a sus pobladores para construir, contigua a la cueva, la primera capilla dedicada en su honor, de la cual hoy en día se observan los restos de un arco de medio punto detrás del altar mayor del templo actual.

A espaldas del santuario aún se encuentra la cueva donde se aprecia una urna que resguarda la imagen del Señor del Santo Entierro; sobre su base se lee la siguiente inscripción: EN ESTE SITIO APARECIÓ EL SEÑOR DE LA CUEVITA UN 3 DE MAYO DE 1723, ES LA IMAGEN QUE ESTÁ EN EL ALTAR MAYOR. LA IMAGEN QUE



Cueva ocupada por el Santo Entierro. **Fotografía** © Teresa Serrano y Jorge Arturo Talavera, 2015.

SE ENCUENTRA AQUÍ ES LA DEL SEÑOR DEL SANTO ENTIERRO. Fue tal la devoción a esta imagen que el papa Clemente XIII emitió en 1738 una bula papal en la que concedió la indulgencia plenaria a quienes, confesados y comulgados, miraran al “Santísimo Cristo de Iztapalapa”.

Años después surgió otra leyenda en torno al Señor de la Cueva: se dice que a éste se le debe la erradicación del cólera *morbus* que asolaba la región a mediados de 1833, ya que intervino para que la enfermedad comenzara a disminuir hasta desaparecer de manera paulatina. Esta leyenda multiplicó la devoción entre los pobladores iztapalapenses, que en agradecimiento reconstruyeron el templo de su santo patrono entre 1833 y 1875, con características propias de la arquitectura neoclásica, en el cual se celebran cada año distintas festividades.

Podemos decir que este culto se enfatizó debido a las causas sociales y económicas que sufrió la región a causa de la desecación de los lagos, la cual provocó el deterioro de la economía local y el surgimiento de litigios entablados por la comunidad en contra de los hacendados que invadieron las tierras de pueblo, cuya resolución se suspendió debido al movimiento revolucionario de 1910 (Arroyo, 1991: 53-54). Estos momentos de crisis acrecentaron la creencia en los santos protectores. Fue el caso del Señor de la Cueva, cuya invocación tuvo como fin obtener la ayuda para cubrir las necesidades tanto materiales como espirituales.

Así, la vida cotidiana del pueblo de Iztapalapa quedó subordinada a la Iglesia católica mediante la adoración de ésta y otras imágenes, los sacramentos, las fiestas patronales y la bendición de ob-

jetos como medios para legitimar su presencia, además de fundamentarse en la historia hebrea, que menciona que el cuerpo de Jesucristo fue depositado en una cueva.

El cerro de la Estrella en la actualidad

Con el transcurso del tiempo se han creado otras leyendas que narran hechos referentes a las enigmáticas cuevas, protagonistas tanto de apariciones como de la desaparición de personas que por distintas causas al final se localizan sin vida. De igual manera en estas cuevas se observa en la actualidad una cantidad de objetos religiosos colgados en sus paredes para hacer el bien o el mal a las personas, por lo cual mantienen un simbolismo mágico-religioso entre la población.

Otro punto importante que se ha acrecentado en las últimas décadas es la celebración de la llegada del equinoccio de primavera, fecha en que el cerro de la Estrella, al igual que otras zonas arqueológicas de la república mexicana, desempeñan un papel imaginario de fortaleza y protección, y en



Celebración del equinoccio de primavera en la estructura de la cima del cerro de la Estrella.

Fotografía © Teresa Serrano y Jorge Arturo Talavera, 2015.



Celebración del equinoccio de primavera en la estructura de la cima del cerro de la Estrella.
Fotografía © Teresa Serrano y Jorge Arturo Talavera, 2015.

muchos casos son escenarios de “rituales” de toma de energía y convivencia con el cosmos y la naturaleza. En una visita realizada el 21 de marzo del presente año a la estructura piramidal del cerro de la Estrella, fue posible observar la presencia de diversos grupos como concheros, santeros, practicantes de reiki y seguidores de ásatrú —recreación y unificación moderna de la herencia pagana del centro y norte de Europa—, entre otros que practicaron distintos rituales a fin de adquirir cierta energía para afrontar las vicisitudes de la vida cotidiana.

Otro rol que cumple el cerro es que se adopta como un paisaje de sincretismo durante Semana Santa, cuando se utiliza como escenario convertido en la colina del Gólgota o monte Calvario, lugar donde se realizó la crucifixión de Jesús para la representación de la Pasión de Jesucristo. Este evento se organiza desde hace 172 años, y durante su desarrollo se combinan la fe, el júbilo, la alegría y los lazos de solidaridad entre los participantes del pueblo y los visitantes, que sobrepasan los dos millones.

Año tras año quienes representan el drama religioso y quienes lo experimentan como espectadores reviven una historia que se renueva y que los viejos repiten a sus hijos y nietos. La celebración, formalmente el Domingo de Ramos, continúa el Jueves Santo y termina el Viernes Santo. Este evento se encuentra en manos de dos o tres familias con una escala jerárquica real, no sólo porque éstas encarnan algunos papeles principales, sino también porque tienen el control sobre la distribución del resto de los papeles.



Cruces en la falda del cerro, donde se representa la Pasión de Jesucristo **Fotografía** © Teresa Serrano y Jorge Arturo Talavera, 2015.

El suceso resulta muy interesante por su riqueza histórico-cultural, ya que implica una fusión simbólica de la conducta y concepción de la vida en que se manifiestan las motivaciones para formar parte de la representación, la cual muestra importantes puntos de conexión de la identidad; es decir, participantes y visitantes se identifican con ese momento, en el que consiguen crear una socialización donde se refuerzan conocimientos sobre su propia existencia, sustentados en hechos histórico-religiosos que fusionan la identidad de este pueblo.

Todo lo anterior ha hecho que las celebraciones realizadas en las laderas del cerro perduren hasta nuestros días en el santuario del Señor de la Cueva y la procesión del vía crucis en Semana Santa, con una reelaboración cultural del culto que incluye ofrendas de flores, veladoras y ritos tanto en la cima como en las cuevas.

Algunas consideraciones

En el cerro de la Estrella se conjugan el paisaje sagrado y los espacios rituales que históricamente connotan su importancia, en virtud de que allí es posible establecer una comunicación entre el mundo

que vive una realidad ordinaria y aquel que, según determinadas creencias, se encuentra más allá de la percepción natural.

Por eso el cerro de la Estrella ha funcionado a lo largo del tiempo como núcleo aglutinante de individuos que manifiestan experiencias religiosas propias del rito católico y de otras creencias. El espacio sagrado es el cerro mismo, junto con su templo, cuevas y el paisaje ritual, que hacen de todo una misma cosa: la articulación del cosmos y los actores humanos.

Estos hechos han motivado la creación de un sistema de símbolos que impulsan a los iztapalapenses a construir un sentido de identidad donde el cerro adquiere una gran relevancia como espacio ritual, cuya significación histórica posee un valor fundamental que garantiza la continuidad de la vida, en un primer momento, por la celebración del Fuego Nuevo, y posteriormente por la conmemoración de la muerte de Cristo. Ambos sucesos se enlazan en su historia y han servido para caracterizar a los iztapalapenses como un pueblo que ha sobrevivido a una realidad cotidiana de caos social y económico.

Finalmente, podemos decir que el cerro de la Estrella es un símbolo que genera sentido de identidad y pertenencia entre sus habitantes de ayer, de hoy y de mañana, si todavía persiste el mundo.

Bibliografía

- Arroyo Mosqueda, Artemio (1991). *La Fiesta al "Señor de la Cuevita" en el pueblo de Iztapalapa D.F. como ejemplo de expresión popular de la religión católica* (Tesis de Licenciatura en Etnología). ENAH, México.
- Broda, Johanna (1991). "Cosmovisión y observación de la naturaleza: el ejemplo del culto de los cerros". En J. Broda, S. Iwaniszewski y L. Maupomé (eds.). *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica* (pp. 451-500). México: IIH-UNAM.
- ____ (2002). "La fiesta azteca del Fuego Nuevo y el culto de las Pleyades". En *Huizachtepetl. Geografía sagrada de Iztapalapa* (pp. 145-168). México: Delegación de Iztapalapa.
- Broda, Johanna, S. Iwaniszewski y A. Montero (coords.) (2001). *La montaña en el paisaje ritual*. México: UNAM/INAH/UAP.
- Camacho Ortega, Gustavo, José Navarro y Ricardo Castrejón (1997). *Informe del estudio geotécnico de las cavidades detectadas en la colonia "12 de Diciembre" en el Cerro de la Estrella*. México: Facultad de Ingeniería-UNAM.
- Hernández Granados, Gracia (1977). *Estudio geográfico-histórico de Iztapalapa*. México: Colegio de Geografía-FFYL-UNAM.
- Heyden, Doris (1991). "La matriz de la tierra". En J. Broda, S. Iwaniszewski y L. Maupomé (eds.). *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*. México: IIH-UNAM.
- López Austin, Alfredo (1980). *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas* [2 vols.]. México: IIA-UNAM.

- _____ (2001). "El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana". En J. Broda y F. Baez-Jorge (coords.). *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México* (pp. 47-65). México: Biblioteca Mexicana/FCE.
- Montero García, Ismael Arturo (2002). "El sistema cavernario del Huizachtepetl". En *Huizachtepetl. Geografía sagrada de Iztapalapa* (pp. 171-202). México: Delegación de Iztapalapa.
- Ramírez Acevedo, Gilberto (1984). *Exploración del sitio arqueológico en la cima del cerro de la Estrella*. México: INAH.
- Sahagún, fray Bernardino de (1956). *Historia general de las cosas de Nueva España* [numeración, anotaciones y apéndices de Ángel María Garibay K., 4 vols.]. México: Porrúa.
- Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (1983). *Diagnóstico del Parque Nacional Cerro de la Estrella*. México: Subsecretaría Forestal y de la Fauna/Pausa.
- Vargas Márquez, Fernando (1984). *Parques nacionales de México y reservas equivalentes. Pasado, presente y futuro*. México: IIE-UNAM [Grandes Problemas Nacionales, Bosques de México].